

# *The Rape of Lucretia* en el Teatro de la Ciudad

por Ingrid Haas

**B**enjamin Britten es un compositor que rara vez se ha representado en México. En años recientes el interés por su música ha crecido, especialmente en 2013, cuando se celebró el centenario de su natalicio, con dos puestas en escena distintas de *The Rape of Lucretia* (*La violación de Lucrecia*).

La más reciente escenificación se realizó a mediados de diciembre en el Teatro de la Ciudad Esperanza Iris. Las comparaciones siempre son tediosas, pero hay que mencionar que las dos visiones de esta ópera —que se presentaron con menos de seis meses de diferencia— no pudieron ser más distintas en estilo.

La que reseñamos fue la función del 14 de diciembre. Uno de los puntos fuertes fue la habilidad del concertador **Christian Gohmer** y su Ensamble Tempus Fugit para interpretar la partitura con acentos teatrales y muchos colores y matices. Fue un gozo escuchar la música de Britten interpretada con estilo y en perfecta sincronía con lo que ocurría en el escenario con los cantantes. Los *tempi* de Gohmer fueron equilibrados y pudo extraer de la partitura la parte más lírica de esta tragedia.

Al ser una ópera de cámara, los cantantes están más expuestos, y la entonación perfecta y el canto *legato* siempre son apreciados por el público. Los honores vocales de esta función fueron para tres cantantes: la soprano **Verónica Murúa** como el Coro femenino, el tenor **Orlando Pineda** como el Coro masculino y el barítono **Enrique Ángeles** como el violador mismo: el malvado Tarquinius.

De este trío, sin embargo, sólo Murúa mostró una clara dicción con buena pronunciación en inglés, lo que se agradece. Su voz tiene una calidez y claridad tímbrica que resulta agradable al oído. Hizo suyo el rol del Coro femenino (que en esta producción es representada por una dama de compañía de Lucretia, que sufre de cerca la violación de la protagonista). El fraseo de Murúa a lo largo de la función fue elegante, con agudos brillantes.



Amelia Sierra como Lucretia

Por su parte, Pineda tiene una voz hermosa y cantó con intensidad, *pathos* y buenas habilidades histriónicas. En el primer acto aparece como una suerte de réferi entre Tarquinius, Junius y Colatinus, que eran los tres boxeadores en el ring. Más adelante es el sirviente que atestigua el resto de la acción. Tiene facilidad en los agudos y sabe cómo hacerlos brillar.

Ángeles fue un temible Tarquinius, que cantó el rol con gran autoridad escénica y un delicioso matiz oscuro en su voz. Su actuación, siempre amenazante, fue muy convincente.

La mezzo-soprano **Amelia Sierra** tiene una personalidad escénica fuerte, por lo que careció de la vulnerabilidad que debe mostrar su personaje, Lucretia. Su voz encuentra su mejor momento durante los pasajes dramáticos y actuó la escena final con intensidad, aunque hubo momentos en que la voz perdió su resplandor. El bajo **Luis Rodarte** tiene un sonido hueco en su voz y tuvo que sacrificar

su canto *legato* en aras de pronunciar con mejor dicción. Fue un Colatinus noble y cantó su rol con pasión. El barítono **Vladimir Rueda** como Junius se mostró con buena habilidad actoral, y su voz encaja bien en su personaje, aunque en los graves perdía color. **Itia Domínguez** cantó muy bien el rol de Bianca. En cambio, las notas agudas de **Diana Peralta** fueron calantes y estridentes, pero su actuación fue sólida.

La propuesta escénica de **Juliana Faesler** y **Clarissa Malheiros** tiene momentos visuales muy poéticos, pero también una posición fuerte en torno al dominio masculino y la fragilidad femenina. Algunas de sus ideas, sin embargo, no eran claras, como la de los tres personajes boxeadores. Claro, entendemos que representa una atmósfera masculina dominada por la violencia, pero no distinguió la jerarquía de los tres hombres y después esa escena perdió significado. También, el hecho de que Lucretia ya tiene un bebé elimina de tajo la idea de que pudo haber sido una virgen antes de la violación, y borra de un plumazo el tema de la castidad.

Las múltiples flores que adornaban alguna escena significaban pureza, y los trozos de hilo rojo parecía simbolizar la sangre derramada durante la violación. Una buena idea, a mi parecer, fue no mostrar la violación misma de manera gráfica. En su lugar, vimos a un grupo de jóvenes hombres, todos vestidos de negro, rodear a Lucretia y cubrirla en el momento en que Tarquinius la viola. Dos bailarinas que también aparecen durante la función también sufrieron abuso por parte de los hombres de negro. Después de la violación, muchas flores fueron destruidas y arrancadas de las canastas donde estaban. Bonita metáfora, pero hizo que la escena final del suicidio de Lucretia fuera insulsa.

Fue interesante, como espectadora, ver dos propuestas de la misma ópera de Britten (que nunca antes se había visto en la Ciudad de México) en el mismo año, y comprobar con asombro cómo una obra maestra como ésta puede tener interpretaciones tan diversas. ●



Verónica Murúa como el Coro femenino



Luis Rodarte, Orlando Pineda y Enrique Ángeles